

CAZERÍA DE INMORTALES

CUENTA ATRÁS

—¡LA ESFERA DE LA FORTUNA!!

—Seguimos con el cubo de “Inmortalidad”. Por doscientos veinticinco yannes y una consonante. ¿Nombre de la raza portadora de los secretos para la vida eterna?

—Fácil. Nomanoides.

—¡Correcto! —un público inexistente aplaudió fervientemente—. Los nomanoides —explicó el presentador mientras decrecía el furor— fueron una raza de nómadas de aspecto humano que recorrían el universo en un asteroide hueco y atesoraban el conocimiento que alarga la vida y, en última instancia, la convierte en inmortal. ¿Consonante?

—La “r”.

—¡Tenemos tres!

Mientras una azafata se deslizaba por gravedad cero descubriendo celdas virtuales, Kolbi apuraba los últimos restos grumosos de una sopa fría. Se miró la muñeca para comprobar la hora; una obsoleta pulsera AMOLED flexible de fabricación casera mostraba la hora terráquea y la marciana. Dejó el plato vacío en la mesita, en la cúspide de una pila inestable de cuencos, vasos y utensilios de cocina. Agarró del suelo un viejo mando, subió el volumen del terminal y se dirigió a la habitación, a prepararse.

—Por cuatrocientos yannes. ¿Nombre de la cooperativa minera que descubrió el Asteroide de la Vida?

—Podías haberme preguntado por el nombre del asteroide —risas mecanizadas se alzaron en los terminales de la Tierra y Marte—. Tenía un nombre raro... difícil...

—El tiempo corre.

—Pues... —tras una duda y un pitido que aumentaba en frecuencia, el concursante respondió—. ¡BuYin Minig!

—¡NOOO! —un coro de decepción se unió al grito del presentador—. La respuesta correcta es BaoJin Mining, cooperativa formada por las tres principales minerías asteroidales y que, además de descubrir a los nomanoides, poseen la exclusividad del componente vital.

Mientras el nuevo concursante realizaba la tirada para saber por cuánto jugaba, Kolbi salió de la habitación ya vestido. Llevaba zapatillas de goma negras ajustadas al pie, pantalones negros con las perneras levemente desgastadas, camiseta negra y chaqueta de cuero negro castigado. En la cintura, un cinturón de gris ajado con tachuelas sujetaba los pantalones. Se miró la muñeca. Todavía podía ver un par de preguntas más.

—¿Nombre del componente vital que alarga la vida?

—Yongium —respondió la concursante con satisfacción.

Kolbi pensó en su objetivo. Si todo iba bien, BaoJin Mining perdería a uno de sus inmortales; quedarían dos. Pensó en las implicaciones que tendría para la raza volver a la mortalidad humana. Los avances permitieron alargar la vida más allá de los ciento cincuenta años. Era tiempo más que suficiente para una persona. Además, por un precio extra podían implantarse tejidos regenerativos.

—¡¡Premio especial!! Hacía meses que no contábamos con uno en La Esfera de la Fortuna. ¿Nerviosa?

—Un poco.

—Tranquilícese y piense bien la respuesta. Por, ¡cinco años de yongium! —un murmullo excitado reptó desde los altavoces de los terminales—. ¿Qué parte referente al ADN es fundamental en el proceso de elaboración del yongium?

La concursante enrojeció y golpeó con fuerza el atril sobre el que se encontraba, mostrando con furia su ignorancia y el yongium perdido. *¿Y si fueran todos inmortales?*,

pensó Kolbi. Parecía ser que todo el Sistema Solar estaba desesperado por tener acceso al prohibitivo yongium. Meneó la cabeza y expulsó a los pensamientos. Lo primero era encargarse del objetivo. Después, del siguiente; cumplir el plan. Después...

—...por eso los telómeros son esenciales para el yongium —concluía el presentador.

Kolbi apagó el terminal, se colocó una bandolera marrón oscuro con cierre electrónico y, esquivando basura acumulada, salió del apartamento alquilado.

TRES

—Vuestros problemas son anécdotas para nosotros. ¿Cuántas veces hemos pasado por esto? ¡El yongium es nuestro! Díselo a esos que se creen con poder y a las *metas* de detrás.

Desde su escondite en el árbol, Kolbi escuchaba perfectamente la poderosa y segura voz de Jim Fisher, dueño de una de las tres empresas de BaoJin Mining. Discutía por el enlace mientras caminaba con parsimonia hacia su mansión, rifle al hombro. En su oreja, un destello rojizo mostraba la codificación de la línea utilizada por Fisher. Tras él, un par de guardaespaldas le seguían desde cierta distancia. Kolbi sonrió ante los acontecimientos futuros, deleitándose de antemano de la confusión que sentirían los dos gorilas entrenados para matar.

—Cómo si se juntan todos los dioses de la mitología. —Jim utilizaba el mismo tono de voz que emplearía un padre con un niño incapaz de aprender—. A los laboratorios no se pasa. Punto.

Otro tira y afloja, pensó Kolbi. Desde que se descubrió a los nomanoides y se les robó la receta para el yongium, todas las metanacionales, por medio de sus títeres, presionaron una y otra vez a BaoJin Mining para compartir el secreto de la vida eterna y

repartirse parte del pastel. Pero la cooperativa fue inflexible al inicio, el tiempo justo para que, cuando los dirigentes planetarios cambiaron las leyes, los tres inmortales fuesen tan poderosos como intocables. Aun así, las metanacionales no se cansaban, por lo que escuchaba Kolbi. ¿Cuánto tiempo había pasado ya? ¿Cuántos siglos?

—¡Mis negativas no son bazas en una negociación! —La poderosa voz de Jim Fisher comenzó a teñirse de impaciencia.

Fisher se detuvo, se quitó el rifle de caza del hombro y lo lanzó con furia hacia atrás; uno de los guardaespaldas lo agarró en el aire. Removiendo las piedras del camino con el pie, el propietario inmortal se quedó allí plantado, escuchando con atención lo que debía ser una extensa oferta.

—Ahora o nunca —susurró Kolbi.

Sacó una pequeña consola de la bandolera y ejecutó un par de comandos. Después, esperó.

La mansión se hallaba enclavada en medio de una isla privada. Jim Fisher salía a cazar en sus selvas con el rifle al hombro y los guardaespaldas como sombras extras. Lo hacía de noche, en los ciclos reproductivos, cuando los animales de la isla cedían a la locura y algarabía propias del apareamiento, mientras las plantas alteradas fulgían con bioluminiscencia para atraer a los polinizadores. Respecto a la posición de Fisher, de cara a la mansión, Kolbi se hallaba a la izquierda del camino, subido a un árbol que se adentraba en la selva lo suficiente para ocultarlo completamente pero no tanto como para impedirle ver la pista de gravilla. A la derecha, al otro lado del camino, un fusil de doble cañón establecía conexión con la consola de Kolbi, oculto entre una maleza espesa que dificultaría su localización.

—Gracias —susurró Kolbi a la selva.

El despliegue de vida modificada genéticamente de aquellos ciclos, capricho extravagante de un inmortal, hacía imposible utilizar los inhibidores de frecuencia y los

ojeadores de conexión que seguro llevaban los gorilas en sus pulseras de piel sintética. Un leve parpadeo en la pantalla de conexión indicó la disponibilidad del enlace. Kolbi sonrió. Teniendo en cuenta el lugar en donde se había detenido Fisher, ajustó los parámetros del fusil para que disparase los dos cañones con medio segundo de diferencia entre ellos.

—¿Tanto estarían dispuesto a dar? —preguntó con incredulidad Fisher—. ¡Pues peor para mí! El yon...

Jim Fisher interrumpió la frase al sentir un picotazo agudo en el cuello. Sin saberlo, nanobots biológicos se afanaban en bloquear las células regenerativas de la cabeza. En el mismo segundo, sintió una sensación extraña en la frente. Alzó la mano y comprobó que le salía un líquido negruzco entre ceja y ceja. *¿Sangre?*, pensó Fisher. *¿Desde cuándo se escapa la sangre de mi cuerpo?* Cuando Fisher cayó de rodillas y los gorilas se le echaron encima, mirando frenéticamente en todas direcciones, los nanobots del primer disparo habían conseguido neutralizar parte del yongium acumulado en el cuerpo. Dos susurros incrédulos más, y cualquier rastro de inmortalidad en el cuerpo de Jim Fisher no sería más que un recuerdo de tiempos mejores.

—Vamos, monito... —masculló Kolbi desde el árbol.

Como respuesta, uno de los guardaespaldas consiguió centrar su aplomo, dejó de mirar el cinturón de inútiles datos holográficos que orbitaba su muñeca, estudió el orificio de la frente de su jefe y se lanzó, pistola en mano, hacia la arboleda de la derecha. El otro gorila tardó un poco más en reaccionar, pero cuando lo hizo, se cargó el rifle que había recogido en el aire y salió en pos de su compañero, dispuesto a vaciar el cargador sobre un cuerpo humano.

—Buenos chicos —sonrió Kolbi.

Se deslizó por el tronco del árbol hasta el suelo sin hacer el más mínimo ruido. Espero unos segundos al tocar tierra, volvió a sonreír y se adentró en la selva, hacia la

playa más cercana donde, bajo el agua, entre un arrecife bioluminiscente, esperaba la turbina modificada que tendría que sacarle de la caprichosa isla del inmortal. Si todo iba bien, cuando Kolbi estuviese mar adentro, los guardaespaldas encontrarían el arma teledirigida y se darían cuenta del tiempo perdido buscando en la selva equivocada. Avisarían del error, cruzarían sobre el cuerpo sin vida de uno de los tres inmortales del Sistema Solar y emprenderían una búsqueda fútil por aquel pedazo de tierra de los mares marcianos.

Y todo fue bien.

DOS

—Tenemos un problema.

—¿Tenemos? ¿No dirás tengo?

—¿Y eso que demonios quiere decir? ¿Dudas de mí?

—¿Debería?

—¡Serás estúpido! ¿No has pensado que las *metas* pueden estar detrás de esto?

Los dos inmortales se quedaron en silencio, cada uno de ellos en su opulento salón de antojos excéntricos.

Zane Ryder permanecía en la Tierra, en un complejo autosuficiente escavado en la roca junto al ascensor espacial propiedad de BaoJin Mining; regalo “desinteresado” a la humanidad para comprar calma en las presiones de las *metas*. Bajo tierra, tenía todo lo que un ser humano pudiese desear, y en su cuerpo, todo el tiempo de la creación para aborrecerlo. Observaba la cabeza flotante de su compañero inmortal. Desde el centro de la mesa de madera natural —perteneciente a árboles no mancillados por el hombre—, un haz holográfico dibujaba las facciones de Artie. Las escrutó con detenimiento y frunció el

ceño. ¿Acaso se estaba volviendo loco? ¿Por qué desconfiaba de él? ¿Qué motivos podría tener Artie para acabar con los otros dos inmortales? *Quizás es el yongium*, pensó gravemente. ¿Y por qué no? Nadie aseguraba que una vida inmortal no condujese a la locura. Pero claro, tanto él como Jim mantenían las riendas de la cordura en sus manos. *Como el difunto Jim*, se corrigió. Un escalofrío recorrió su cuerpo. *Nos están cazando*, pensó con gravedad, rememorando la imagen del cadáver de su colega junto al rifle de caza.

Artie Knox intentaba adivinar la traición en el rostro de Zane, proyectado holográficamente desde su escritorio de madera natural. *¿Quién se quedará con el de Jim?*, pensó repentinamente. Los tres directivos habían crecido profesionalmente juntos, habían descubierto el Asteroide de la Vida, habían conseguido mantener el monopolio del yongium, habían compartido caprichos, como los tres últimos escritorios de madera virgen existentes en el Sistema Solar, y también compartieron cacerías, mujeres, inversiones, juicios. ¿Podía dudar de ellos? *No, de ellos no; de Zane. Jim está muerto*, se recordó. ¿Qué motivos podía tener un hombre que lo tenía todo a su alcance para asesinar a sus compañeros? *Ninguno*. Aun así, estaba seguro de que tras las facciones asustadas de Zane y las acusaciones hacia las *metas* se escondía un ser despreciable incapaz de compartir el poder. *Y la inmortalidad*. Una sonrisa de orgullo altivo afloró en sus labios al pensar en el don que consiguieron arrancar a los nomanoides. *Nadie me lo quitará*. Se reclinó con soberbia en el sillón de su despacho y continuó la conversación.

—¿Tan único te crees, Zane, que no quieres que haya más inmortales en el Sistema Solar?

—¡¡QUE NO SOY YO!! —gritó Zane, abalanzándose sobre el holograma.

—Tu furia te delata.

—¡Si estoy furioso es porque nos están cazando!

—Vaya, ¿y cómo lo sabes? —preguntó Artie, divertido.

—Si es que no hay manera... —masculló Zane—. Mira, Artie. Creo que tienes un problema. Quizás el yongium está empezando a desestabilizarte. Además, estar todo el día ahí, en el laboratorio, no puede ayudarte. ¿Por qué no te cambias de casa? ¿Qué sentido tiene vivir junto al yongium?

—Me gusta estar cerca de mi patrimonio —replicó Artie con un hilo de voz, entrecerrando los ojos.

—Artie, escúchame. Deja de ver conspiraciones donde no hay más que amigos. ¿Por qué no te bajas a la Tierra? Puedo hacer que nos preparen el Castillo Sirmione; el Lago di Garda está precioso en esta época, y podemos cerrarlo al turismo. Tanto aire terraformado no puede ser bueno. Además, Jim estaba en Marte. Si van contra nosotros, eres el siguiente.

—No me gustan las amenazas —replicó Artie, marcando las palabras con veneno.

—No es una amenaza.

—¿Y qué es entonces? ¿Acaso te gustaría tenerme cerca?

—Si lo que quieres es irte lejos —replicó Zane con aspereza—, las bases jovianas tienen unas vistas magníficas.

—Pues mándame una postal, ¿quieres? ¿O te crees que soy tan tonto como para abandonar la seguridad del laboratorio de yongium?

Antes de poder contestar, la comunicación entre los dos escritorios de madera se cortó abruptamente, cambiando las cabezas flotantes de ambos despachos por una leve neblina de luminosidad azulada que desapareció en el acto.

—¿Pero qué...?

La habitación de Zane quedó a oscuras. Comenzó a deslizar los dedos por botones táctiles, palmeó pantallas y pateó la dura madera, sin saber muy bien que hacer ante un

fallo de aquellas características. En todos los siglos que llevaba allí, ¿había fallado alguna vez cualquier sistema?

—¡Son las *metas*! —exclamó en un susurró.

Zane visualizó sin problemas a los directivos de las metanacionales en interminables reuniones, escrutando análisis sobre el yongium comercializado sin encontrar la manera de sintetizarlo, discutiendo a gritos y golpes y bufando la furia que el poder ajeno les provocaba. En aquel ambiente de frustración, sería muy fácil que perdieran el control y comenzasen a tomar medidas más agresivas contra ellos, los únicos inmortales del Sistema Solar, y contra BaoJin Mining. *¡Nos están cazando! Debimos haber compartido una patente con ellos. ¿De qué sirve tanto poder? A Jim, de nada. Una trampa y...* Entonces detuvo sus pensamientos, descolgó la mandíbula y escrutó la oscuridad con ojos aterrados.

—El fallo... —susurró—. ¡Están aquí!

—¿Quiénes?

La pregunta desató en Zane un mecanismo de defensa caótico, nada desarrollado, que provocó que el inmortal, al escuchar la voz a su espalda, se lanzase hacia el escritorio braceando y pateando sin golpear nada, rodase por él gritando “no, por favor” y cayese al otro lado con un golpe sordo. Cambiando el “no, por favor” por un “es vuestro, no me matéis, es vuestro” lloroso, se arrastró por el suelo con los ojos fuertemente cerrados, renovando a cada segundo la seguridad de ser golpeado en la cabeza, si no algo peor. Su intención era llegar a la puerta, pero el pánico y la oscuridad le engañaron, y acabó acurrucado contra la pared de la izquierda del despacho, hecho un ovillo, denigrando el término inmortal y manchando sus caros pantalones con orina.

Tras varios minutos, el balbuceo lloroso cesó, la respiración se acompasó y los pantalones se secaron; los ojos seguían cerrados.

—¿Quiénes están aquí, Zane? —repitió la voz desconocida.

El inmortal consiguió abrir los ojos poco a poco y sentarse contra la pared en una postura algo más digna. Giró la cabeza hacia el fondo del despacho y, tras su escritorio, recortada sobre los ventanales virtuales que recreaban vistas bucólicas —ahora convertidas en tibias fuentes de luz uniforme—, una figura delgada le observaba directamente. Lo sabía por el brillo de los ojos; dos puntitos que brillaban con luz propia. *Es la muerte, pensó Zane. Es la muerte que viene a reclamar el tiempo robado.*

—Última oportunidad. —En la penumbra, la figura levantó un brazo. En el extremo, un arma—. ¿Quiénes crees que están aquí?

—Vosotros... ellos... —murmuro Zane, sin poder apartar la vista del agujero negro rodeado de oscuridad que era el cañón del arma—. Las *metas*. Las metanacionales quieren poder, mi yongium. Yo no lo quiero, nunca lo quise. Tanto poder, no es para mí. —El murmullo se convirtió en un balbuceo suplicante—. Yo dije de compartirlo, de cobrarlo al mundo a un precio razonable. Soy una buena persona. —El llanto apareció—. Nunca he hecho daño a nadie, lo juro. Soy bueno. No quiero el poder. Solo vivir.

—¿Y los nomanoides? —preguntó Kolbi.

—Ellos... no es lo mismo. —El llanto desapareció, tomando su lugar la disculpa—. No sabíamos lo que podían hacernos. Tuvimos miedo. Teníamos que pensar en nuestros trabajadores.

—Mientes. Hablasteis con ellos. Aprendisteis la inmortalidad.

—Nosotros... ellos... una amenaza...

La voz de Zane Ryder, uno de los dos últimos inmortales del Sistema Solar, perdió fuerza y coherencia. A la humanidad parecía importarle poco de donde procedía el yongium, siempre y cuando siguiese fluyendo. Que para conseguirlo se hubiese exterminado a una raza entera afinada en un asteroide habilitado, les traía sin cuidado. Hacía demasiados siglos que Zane no tenía que justificar sus actos, y eso se notó en la voz.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer? —preguntó el inmortal.

—Matarte.

—¿Y el yongium? —añadió Zane, tras deglutir una bola de capitulación.

—Detenerlo.

—Dete... ¿Pero por qué? ¿No es lo que queráis, el yongium?

—No soy de las *metas* —replicó Kolbi con frialdad.

—¿Que no...? ¿De quién, entonces?

—De nadie.

—¿Y por qué haces esto? —preguntó Zane con avidez, ilusionado al descubrir una nueva posibilidad de diálogo—. ¿Quieres ser inmortal? Eso podemos arreglarlo. Tenemos yongium de sobra, para toda la eterni...

—Lo sé —interrumpió Kolbi—. Por eso mismo lo hago.

—¿Lo sabes? ¿El qué? No lo entiendo.

—No estáis preparados para ser inmortales.

Un fulgor anaranjado bañó el despacho de Zane Ryder durante menos de un segundo. En aquella instantánea efímera, la cabeza del inmortal reventó como un grano de maíz al fuego. Solo quedaba un inmortal del Sistema Solar.

UNO

La llamada que había realizado Artie Knox desde su escritorio, justo al recibir la noticia del fallecimiento de Zane, fue tomada a broma. En ella, el último inmortal del Sistema Solar apremiaba a los encargados del laboratorio para que parasen la producción, mandasen a todo el mundo a casa y no volviesen hasta que él lo dijese. Al ver que sus órdenes eran tomadas como desvaríos y no como mandatos, Artie se levantó prometiendo despidos y se encaminó al laboratorio, alejado de su residencia por un recto túnel metalizado de

doscientos metros, dispuesto a gritar él mismo las órdenes y saltarle los dientes a quien dudase o no obedeciese, así como iba, con bata y zapatillas de felpa en los pies.

—Y que le den a las *metas* —escupía Artie en el interior del túnel—. Que chillen y pataleen cuanto quieran. El yongium es mío, solo mío, y hago con él lo que me de la gana. Como si quiero follármelo. Como si quiero follármelos a todos. Malditos burócratas del demonio, con sus leyes, sus corbatas y sus maletines de poder. ¡Corruptos todos! No saben perder, es eso. —Bajó la voz hasta un susurro airado—. Están demasiado acostumbrados a salirse con la suya, amparados por las leyes que los países que poseen redactan, todos juntos, como una puta fraternidad de chupapollas. ¡Pues que les jodan! —gritó con una sonrisa—. No contaban con Artie Knox. No contaban con que él encontrase el yongium. Bueno, él y dos más, pero ahora están criando malvas, sea lo que sea eso, así que puedo decir que yo y solo yo soy el descubridor. ¡Y el poseedor! Les gustaría tenerlo todo para ellos, para llenarse sus sucias y corruptas manos con el dinero de la vida eterna. ¿Qué sabrán? ¿Qué puta idea tienen de lo que significa ser inmortal? ¿Cómo demonios era...? ¡Ah, sí! “Un gran poder conlleva una gran responsabilidad”. Sí, eso. Y eso ellos no lo saben. No deben saberlo. No pueden saberlo. —El caminar era vivo, pero los pies se arrastraban más que andar. La voz y el roce de las zapatillas con el suelo saturaban el siempre calmado túnel con reverberaciones interminables—. Se creen que soy tan estúpido como Jim y Zane. Putos subnormales. Ellos tampoco tenían idea de lo que significa ser inmortal. Pero ellos no saben que yo se eso. Seguro que han infiltrado gente en el laboratorio. ¡Los muy estúpidos! ¿Qué más me da que lo hagan? Solo yo se la verdad. Nadie puede sintetizar el yongium sin controlar el Arca, y al Arca solo puedo entrar yo. ¿Creen que me voy a acobardar? ¡Estúpidos! No me hace falta ni un puto mono evolucionado para generar el yongium que necesito. ¿Quieren guerra? ¡Han perdido! —Llegó al extremo del túnel y puso la mano derecha en una pantalla táctil. Al tiempo, un escáner ocular comparaba sus pupilas—. Pienso quedarme aquí, yo solo. No necesito a

nadie más. Tengo toda la compañía que quiero. ¡Tengo el yongium! A ver que mierda hacen sin el chorro de vida. A ver cómo se comportan cuando vuelvan a morir cuando les toca. ¡¡Tú y tú!!

La puerta neumática se abrió con un siseo. En el otro lado, los dos encargados del laboratorio esperaban con cara compungida, sin saber muy bien a qué atenerse después de no entender la llamada que habían recibido hacía unos minutos. Cuando vieron la cara de su jefe y escucharon su voz, uno de ellos miró al otro, y le dijo con la mirada: *te lo dije. El yongium. Se ha vuelto loco*. El otro asintió sombríamente, intuyendo que nada bueno podía salir de una mente perturbada con varios siglos extra de funcionamiento.

—Hemos paralizado momentáneamente la producción —dijo uno.

—No sabíamos muy bien que quería, así que estamos a la espera —dijo otro.

—¿Qué no sabías que quería? ¡¡Pues claro que no lo sabíais!! No sois más que dos peones de mierda. No tenéis ni idea de la vida ni del universo. ¡Qué vais a saber!

Ambos encargados se intercambiaron miradas, sin saber que responder a aquello. Artie pasó entre ambos y contempló aquella parte del laboratorio. La sala tenía cincuenta metros de largo por quince de ancho, era diáfana y el suelo era una superficie de luminosidad continua que dotaba a todo el interior de tétricas sombras. De la pared del fondo, la que correspondía al Arca, decenas de tubos nacían y reptaban por el techo, como raíces de un suelo vertical, hasta caer en la infinidad de mesas de laboratorio que se esparcían por el recinto a intervalos regulares. Los ingenieros y biólogos de aquel turno permanecían tras los tableros con trajes aislantes blancos, guantes azules y gafas protectoras negras, todos mirando al inmortal de bata y zapatillas de felpa que acababa de entrar, esperando órdenes.

Artie Knox paseó una mirada asesina por todo el recinto. Tras varios minutos de sepulcral silencio, relajó los músculos del cuerpo, acompasó la respiración y cerró los ojos. Inspiró profundamente, despegó los párpados y gritó con toda la potencia que los

pulmones le permitieron.

—¡¡IROS TODOS A VUESTRA PUTA CASA!!

La exclamación se extendió por la sala como agua derramada, produciendo un caótico oleaje de reverberaciones que tardó dos minutos en retirarse. Al hacerlo, el ambiente aséptico que hasta ese momento reinaba en el laboratorio se transformó en tensión palpable; una tensión que denotaba la naturaleza demente del grito proferido.

Tras Artie Knox, los dos encargados se miraron con gesto interrogante. ¿Qué podían hacer? Uno de ellos se encogió de hombros, desentendiéndose del problema. El otro, tras unos segundos de reflexión, imitó a su compañero y se adelantó unos pasos, hasta colocarse junto a su jefe. Hizo bocina con las manos, aunque era totalmente innecesario del silencio que reinaba, y dio la orden más sensata en aquellas circunstancias.

—¡¡Muy bien, equipo!! ¡¡Nos vamos a casa!! —*ya os comunicaremos mañana si estáis en la puta calle*, se calló con amargura.

Una orquesta de susurros incrédulos, roce de plástico y chasquidos producidos por los guantes y las gafas retiradas inundó el laboratorio. Poco a poco, los ingenieros y biólogos comenzaron a abandonar la sala, formando apretados grupos que murmuraban alterados. Los dos encargados permanecieron en sus posiciones hasta que el último de los trabajadores hubo abandonado el recinto. Entonces, con una leve inclinación de cabeza y un tímido “hasta mañana, jefe” se retiraron ellos también, sellando el laboratorio por fuera.

—Hasta mañana mis cojones —masculló Artie.

Solo el zumbido de las máquinas quedó como prueba de la actividad humana. Artie volvió a relajar los músculos, a cerrar los ojos y a inspirar profundamente. Despegó los párpados y soltó el aire retenido en un susurro alegre, dejándose invadir por la demencia que durante tanto tiempo le había tanteado.

—Ahora sí, joder.

Como una locomotora de vapor, sus pies comenzaron a arrastrarse por el suelo. Pasó entre las mesas de laboratorio, bajo las raíces de fluidos, y se encaminó al fondo, a la puerta del Arca, sin apartar la vista de ella.

Al llegar al rectángulo metálico que dividía el dominio público del secreto, Artie apoyó la mano en una pantalla táctil, un escáner ocular volvió a analizarle la pupila, susurró una palabra y introdujo una clave de quince dígitos en un panel holográfico con forma de cubo y repleto de celdas. Tras las verificaciones, un siseo neumático deslizó la puerta metálica y Artie entró el Arca.

—Buenos días, mis pequeños.

El ánimo de Artie rejuveneció nada más poner un pie en el interior del Arca; le gustaba estar allí. La ira se esfumó como la niebla al sol y en su lugar no quedó más que la tranquilidad de un infinito mar en calma.

Se trataba de una sala circular de no más de diez metros de diámetro. En el centro, la cúspide de las IntAr's —Inteligencias Artificiales— manejaba complejos aparatos de manipulación biológica. A estos aparatos llegaban tubos como los que poblaban el techo del laboratorio exterior, convergiendo desde toda la pared circular del Arca en una sola entrada. Unidos a los tubos, esparcidos verticalmente por toda la circunferencia, los últimos nomanoides con vida aletargaban su existencia en cilindros repletos de un gel viscoso. De sus cuerpos nacían y llegaban multitud de cables, agujas epidérmicas y sensores que mandaban y recibían información de la IntAr, manteniendo así el grado óptimo de animación suspendida.

—¿Cómo estáis hoy? ¿Os habéis asustado por los gritos? —pregunto Artie Knox con tono paternal—. No os preocupéis. Ya se han ido. Y a partir de ahora, solo seremos vosotros y yo. ¿Qué os parece? —Acarició el cilindro que tenía más cercano. En el interior, una figura completamente humana flotaba en el gel, suministrando sus secretos a

la inteligencia artificial. Era una mujer, y estaba desnuda—. Sí, os gusta, ¿verdad? Solo nosotros.

Artie paseó por la circunferencia de la pared, empezando a la derecha de la puerta del Arca. Deslizó una mano temblorosa por diferentes cilindros. Los nomanoides parecían dormir en paz. Cuando iba a llegar a la mitad de la circunferencia se detuvo; un extraño reflejo en el cilindro ante sí. Suspiró y preguntó con naturalidad.

—¿Cómo has entrado?

—Seguirte es muy fácil cuando no haces más que hablar contigo mismo y mirar a tus pensamientos.

La figura reflejada en el cilindro, recortada sobre la claridad del laboratorio exterior, paseó la vista por la sala. Apretó los puños.

—Vaya... —susurró Artie, recibiendo una oleada de lucidez y girándose para mirar directamente al intruso—. Eres uno de ellos, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas —dijo cuidadosamente Kolbi, bañando las palabras en veneno—. ¿Tardasteis mucho en descubrir que los necesitabais vivos?

—Varias decenas de cobayas —replicó Artie despreocupadamente.

Kolbi, después de pasar tanto tiempo entre humanos, no pudo evitar escupir al suelo, mostrando así su desprecio.

—¿Sabes? —continuó Artie—. Te he reconocido por los ojos. Los tenéis diferentes. Como linternas, aunque no siempre es fácil de ver.

—Depende el estado de ánimo —las pupilas de Kolbi parecían apunto de estallar de tanto brillo como retenían.

—¿Cómo lo hiciste?

—Uno de vuestros mineros. Uno de los primeros. No me costó cambiarme por él. Vuestro control sobre ellos era patético —argumentó Kolbi con desdén.

—No eran más que desgraciados remplazables —dijo Artie como disculpa,

encogiéndose de hombros—. ¿Iniciativa propia?

—Precaución social. No estábamos seguros de vuestras intenciones. No nos equivocamos.

Kolbi se llevó la mano a la espalda y sacó una catana de hoja fina y brillante. Artie, entregado por completo a la demencia de su mente y a la tranquilidad que le embargaba estando en el Arca, no movió una pestaña.

—Has tardado un poco, ¿no? —preguntó el humano.

—Para ti sí, no para mí. Los nomanoides, como nos llamáis, no percibimos el tiempo como vosotros. Simplemente, no quería fallar. Lentitud o prontitud son simples excusas humanas.

—¿Qué vas a hacer?

—Matarte, por supuesto —replicó Kolbi, contemplando su reflejo en la hoja para reforzar el argumento.

—Me refiero a después —puntualizó Artie, intentando ganar tiempo y moviéndose centímetro a centímetro hacia la IntAr, donde siempre guardaba un arma; estaba sedado por la demencia, pero no quería morir.

—Despertarlos. Abrazarlos. Llorar a los ausentes. Volar este sitio. Salir de aquí. Fuera, si podemos, en una nave. Vivir entre vosotros si no.

—¿Y amasar poder y fortuna? —preguntó Artie mordazmente, deslizándose la felpa por el suelo pulido.

—Si por mí fuera, destruirlos. Provocar guerras —contestó Kolbi con serenidad—. Pero somos una familia, una raza. Lo decidiremos entre todos. Lo mejor para el grupo. No os vendría mal aprender eso.

Artie terminó de acortar la distancia entre él y la maquinaria de la IntAr y apoyó con serenidad las manos en el borde. Una sonrisa escapó de sus labios. Tímida, pero reveladora. Kolbi suspiró teatralmente.

—Ese es vuestro problema —dijo el nomanoide con voz cansada—. Que siempre, como individuos y como raza, os creéis superiores a los demás; más listos. No sabéis ver el final cuando os mira a los ojos.

Las pupilas de Kolbi aumentaron en unos grados la intensidad del brillo. Con un veloz movimiento, Artie comenzó a agacharse buscando el parapeto de la IntAr, pero antes de que pudiese ocultarse por completo, una ligera brisa golpeó su cuello. Extrañado, arrugó la frente. El gesto provocó que la cabeza cayese hacia delante, golpeando la mesa de la IntAr y haciéndola rodar por el suelo hasta los pies de un nomanoide en gel. Para que el cuerpo decapitado la encontrase, la cabeza dejó un rastro de sangre como migas de pan.

Cuando cesó el sonido que provocó el cuerpo sin vida del otrora inmortal al caer, Kolbi guardó el arma y paseó de nuevo la vista entre sus semejantes enjaulados en gel. Tras varios suspiros ahogados, habló con un tono de eterna serenidad.

—No más sueños; se acabó la pesadilla. —Una lágrima resbaló desde la comisura de los párpados—. Despertad, familia. Despertad y marchemos.

Y mientras manipulaba los controles para liberar a sus semejantes, Kolbi entonó un canto de largos sonidos y estremecedoras notas nunca antes oído en los límites del Sistema Solar; un canto desgarrador, profundo, poseedor de infinita tristeza; un canto concebido para ser entonado eternamente.

Planeta Tierra, 13-03-2012

Juanje López